

Viernes Santo



29 de marzo de 2024

Is 52,13-53,12

Sal 30

Heb 4,14-16;5,7-9

Jn 18,1-19,42

P. Eduardo Suanzes, msps

En el texto de Isaías aparecen dos planos o niveles en la relación con el Siervo en cuanto a su condición de «hombre de dolores»: uno de ellos es el de la **apariencia**, que provoca repulsión y rechazo; el de su carencia de belleza y de aspecto humano, que es causa de espanto y distanciamiento. La consecuencia de verle tan hundido por el dolor es juzgarle de un modo severo, que no hace sino seguir la doctrina tradicional: es alguien herido por Dios y por lo tanto castigado. Se le puede despreciar y evitar. Es el prototipo de quien lo ha perdido todo.

Pero, a lo largo del discurso, se produce el descenso al nivel de la **realidad** que se ocultaba debajo de las apariencias: eso que soporta son «nuestros sufrimientos»; eso que aguanta son dolores nuestros; ese castigo que ha caído sobre él lo merecíamos nosotros, son nuestros pecados los que pesan sobre él.

Se ha producido un des-velamiento y la repulsión ha dejado paso a la atracción; la **desfiguración** se ha convertido en **transfiguración**. Se confiesa algo insólito y heterodoxo que rompe con la teología imperante: **a pesar de su quebrantamiento, Dios estaba de su parte**, y eso quiere decir algo tan revolucionario como que **la fidelidad y la elección de Dios no se rompen con el sufrimiento y que la bendición no implica necesariamente una vida sin dolor. El Siervo ha llegado a la ganancia a través del camino de la pérdida.**

El camino de la pérdida... En este momento trascendental de la vida de Jesús hoy nos sumergimos para intentar comprender el abismo de dolor al que él se sometió por solo amor hacia su Padre y hacia nosotros. ¿Cómo fue su pasión? ¿Cómo fue su muerte? ¿Qué es lo que se profetiza en Isaías con esa desfiguración del Siervo hasta límites indecibles?

Está claro que nadie conoció jamás al Padre¹ como lo conoció Jesús. Él penetró las profundidades de su Amor y se convirtió en su Revelador para nosotros. Jesús estaba sumergido de lleno en la relación con su Abbá querido, siendo el Padre todo para él. Jesús jamás conoció un instante el sufrimiento de sentirse separado de Dios como lo experimentamos nosotros. Este sentimiento de separación es la fuente de nuestra profunda sensación de seres incompletos, con nuestros sentidos de culpa y de enajenación.

En el Huerto de Getsemaní tomó sobre sí el peso de todos los pecados del mundo con todas sus consecuencias. Experimentó todos y cada uno de los niveles de soledad que el ser

¹ Cfr. THOMAS KEATING, OCSO. *El misterio de Cristo. La liturgia como una experiencia espiritual*. Ed. Desclée de Brower

humano haya podido experimentar jamás. La totalidad inconcebible de toda la miseria humana acumulada, incluyendo el pecado y la culpa, vinieron a pesar sobre Él. Se dio cuenta que el Padre le pedía que se identificara con esa bajeza miserable en toda su horripilante inmensidad. Esto es lo que Jesús tan gráficamente expresa en palabras en el Huerto de Getsemaní cuando, después de pedirle a los apóstoles que hiciesen una hora de vigilia con Él, se alejó de ellos unos pasos y se postró al exclamar, «- *¡Padre, si fuese posible, aparta de mí este cáliz!*» Jesús comprendió que su Abbá le pedía que se alejase de Su presencia a una distancia mayor de lo que cualquier otro ser humano lo hubiese hecho jamás, su agonía rebasó todos los límites imaginables. Al absorber esa sensación de separación de Dios en su propio ser, Jesús se convirtió en pecado. Así lo describe Pablo cuando no dice, «—*El que no había conocido pecado, se convirtió en pecado para nuestra salvación*». Convertirse en pecado y así experimentar la separación de su Abbá que era su vida toda. Y su oración continúa, «—*Pero, que se haga tu voluntad, Padre, no la mía*»

En breves momentos uno de los suyos lo traicionará, todos huirán y el más cercano lo negará por tres veces. Pronto sería rechazado por su propio pueblo, condenado por las autoridades civiles y religiosas, víctima de insultos y de burla, y crucificado entre dos criminales. En sus últimos momentos vería desintegrarse delante de sus propios ojos la labor de su vida.

Cuando ya Jesús llegaba al límite de su resistencia física en la cruz, exclamó, «—*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*». Se nos está diciendo que el acto de cargar con los pecados de toda la humanidad le había costado perder su relación personal con el Padre. Luego, la Resurrección lo catapultaría a niveles de intimidad con el Padre para nosotros incomprensibles, glorificando su humanidad. Pero, de momento, Jesús había perdido la relación con su Abbá por amor nuestro. Jesús dejó de experimentar a Dios como Padre, por muy duro y fuerte que nos suponga entenderlo. La crucifixión es mucho más que la simple muerte corporal de Jesús y la angustia emocional y mental que la acompañó. Es la muerte de su relación íntima con Su Padre por amor al hombre, por su solidaridad con el ser humano hasta el extremo.

Esa fue la Cruz de Jesús que hoy adoramos; lo que adoramos no es el palo de madera. Lo que adoramos, la Cruz, simbolizada en esos dos tramos (vertical y horizontal) es la adhesión completa y absoluta de Jesús a su Padre por amor al ser humano. Una solidaridad con el hombre por amor al Padre que lo llevó a experimentar el vacío de su relación con el Abbá, la muerte de su relación con el Padre, muriendo en la más completa oscuridad y abandono.

«*Todo está cumplido*»; es decir, ya no hay nada más grande que se pueda pensar o hacer; allí se ha dado fondo a todas las capacidades divinas y humanas: todo mal es vencido radicalmente, toda salvación es ofrecida y toda gloria dada a la Trinidad.